

«¿No entendéis cuán necesario es un mundo de sufrimientos y tribulaciones para ilustrarse, cultivar la inteligencia y forjarse un alma?».

John Keats, 1819

PRÓLOGO

El sendero que desciende por la colina desde la majestuosa Volterra hacia la diminuta aldea de La Chiostra se aleja serpenteante en el horizonte toscano como una sombra magenta al final del día, a lo largo de un suave y antiguo afloramiento de un río de lava. La vista a ambos lados del estrecho camino resulta sobrecogedora a cualquier hora y en cualquier estación: en una dirección, la belleza de los indómitos colores y campos y en la otra, un paisaje lunar atemporal de extraña geología, donde las sensuales ondulaciones de las colinas son bruscamente reemplazadas por peñascos o *balze*, resultado de 1.000 años de corrimientos de tierra. Si tiene intereses clásicos o históricos, tal vez busque el sitio donde la más antigua de las necrópolis etruscas fue destruida por la erosión, o quizá sienta curiosidad por la abadía o *badia* en ruinas del siglo XI o por las iglesias cristianas, aún más antiguas, todas ellas engullidas por el paisaje hace siglos. Pero si posee un alma romántica o le interesan los enigmas, puede que el camino le lleve hasta una oscura construcción situada un par de kilómetros más lejos por la misma carretera, entre la moderna caseta de unos perros que no dejan de ladrar y la vieja granja de las hileras de vides y girasoles. Aunque, como no hay ninguna señal, es muy probable que el caminante despistado pase de largo, ignorante del misterio.

Allí, si las busca, encontrará las ruinas de una casa situada en la cresta de la loma, con un emplazamiento perfecto para mirar hacia atrás y contemplar el imponente pueblo de los etruscos que se alza en lo alto de la colina, azotado por el viento. Cuenta la leyenda que aquello es todo lo que queda de una pequeña mansión de finales del siglo XIII o principios del XIV que, en su día, fue el hogar de una elegante familia acomodada y de su cautivadora y encantadora hija. Sería recomendable —incluso necesario— dejar a un lado su nombre, ya que alrededor de ella se ha tejido todo un tapiz de leyendas y la verdad sobre su nombre forma parte del enigma. Baste decir que, en la era cristiana, ella era discípula de la Naturaleza. Prefería la compañía de los animales y los pájaros y adoraba a Diana, señora de la Luna y gran patrona de uno de los antiguos templos que dominaban Velathri, como se llamaba entonces la ciudad.

Antes de convertirse en unas ruinas desiertas, aquella casa albergaba ciertos secretos. Una vez fue el hogar de su infancia y allí fue confinada por el consejo del obispo de Volterra con el consentimiento absoluto de sus padres, probablemente no tanto por su punto de vista religioso como por haber desobedecido el firme deseo de sus progenitores de que entrara en el convento y sirviera a Dios con castidad. Sin embargo, ella permaneció fiel a su diosa, mucho más antigua, y quiso casarse con el hombre que amaba. Por su rebeldía e impiedad fue encerrada y castigada y, a pesar de su juventud y encanto, su inteligencia y su belleza, iba a ser juzgada y torturada.

Sin embargo, en la víspera de que su terrible destino se cumpliera, sucedió algo extraordinario. Le habían permitido dar un paseo por el jardín, bajo estrecha vigilancia, para ofrecer una última oración a su propia deidad cuando, de pronto, se desató una tormenta que asoló la cresta de la colina, arrasó el paisaje y echó la casa abajo. Quizá fuera esa misma tormenta la que se tragó una de las diminutas capillas que había a uno o dos kilómetros de allí.

Resguardada bajo la luz de la luna a la entrada de un cobertizo, la muchacha fue la única que se salvó. De este modo pudo escapar libremente en plena noche de tormenta para reunirse con su amante. La antigua casa y las tierras, así como la nueva construcción adyacente que reposa sobre las ruinas medievales, son conocidas desde entonces como la Casa al Vento: la casa del viento.

LA CASA DEL VIENTO

PARTE





San Francisco, 20 de enero de 2007

En el calendario de estaciones y temporadas, enero debe su nombre al dios Jano. Es el mes de las entradas y las salidas, del porvenir y del pasado. Atrás queda lo que ya ha sucedido, lo que nos ha llevado hasta el presente, y delante aguarda lo que puede suceder, anticipando los sueños de días venideros.

Puede que aquel día Madeline Moretti, mientras rodeaba sonriente la fecha en el calendario con un marcador fluorescente, hubiera reflexionado sobre ello, al menos de forma inconsciente. Lo que estaba claro era que había estado repasando mentalmente cuáles eran los platos preferidos de Christopher: su afición a las ensaladas y al marisco, su gusto por los vinos tintos con cuerpo más que por el champán, aquella inclinación tan británica por los *crumpets** (¡acompañados de dulce de membrillo!) en lugar de por los cruasanes y aquella divertida predilección por las delicias turcas de rosas y por los dátiles recubiertos de chocolate negro fundido para que, cuando al día siguiente él abriera la alacena en su primera mañana en San Francisco, pudiera satisfacer fácilmente sus más excéntricos de-

* Bollos de harina y levadura típicos del Reino Unido, que suelen servirse tostados. [N. de la T.]

seos con delicadas exquisitices traídas de todos los rincones del mundo, desde Maine al valle de Napa, desde Londres a Provenza, «desde Samarcanda, la ciudad de la seda, hasta el Líbano, el país del cedro».

Había pasado mucho tiempo dándole vueltas al tema de las sábanas, recordando lo mucho que le habían dado que hablar las sábanas de color verde pálido de la habitación de un lujoso hotel de Venecia el pasado septiembre y su preferencia por las telas lisas en lugar de estampadas. Aquello le había hecho salir corriendo hacia el tranvía al final de la jornada laboral del día anterior para atravesar el Distrito Financiero desde la oficina, ubicada cerca del edificio Ferry, y dirigirse a Union Square — con el frío que hacía y la cantidad de gente que había en busca de gangas en las rebajas — a comprar algo nuevo y suntuoso. Scheuer había satisfecho con creces sus expectativas con un género sencillo y con gran cantidad de hilos, que le había costado el sueldo de una semana, pero ¿qué importaba el gasto? Hacía cuatro meses que no lo veía y todo debía ser — o más bien iba a ser — perfecto.

Aparte de aquellos pensamientos retrospectivos, aquel día Madeline no había tenido tiempo de echar la vista atrás. Con su buen humor característico, se había despertado de un salto de un ligero sueño a las siete y no había parado en todo el día. Era un sábado normal en el que tenía unas tareas más que ordinarias por delante: recoger la ropa de la tintorería, plegar y guardar la bicicleta estática, recoger las partituras que había sobre el piano y ponerlas en el banco, arreglar la cinta de sujeción de las cortinas del baño, ir a echar gasolina y comprar unos tulipanes blancos en la tienda de Jimena para la mesa. La asistentita había estado allí el día anterior, había barrido, aspirado y limpiado cada centímetro del diminuto apartamento, así que no había que hacer nada más. Sin embargo, Madeline volvió a limpiarlo casi todo. Cuando el móvil sonaba dejaba que el bu-

zón de voz se encargara de sus amigas, mientras encendía velas aromáticas en la sala, ahuecaba los cojines del sofá y guardaba el último de los trajes de ir a trabajar en el armario.

La hora del almuerzo llegó y pasó, pero Maddie estaba inapetente. Debía hacer un papeleo para el despacho de abogados que le llevaría una hora y sabía que no sería capaz de relajarse los días de vacaciones que se avecinaban hasta que no se lo remitiera a su jefa, la benévola pero puntillosa Samantha. Su madre y su hermana se pasarían por allí sobre las tres y antes quería lavarse el pelo.

Madeline consideraba que tenía una cara de lo más normal y una constitución alta y delgada bastante poco atractiva, pero la densa melena de rizos oscuros hacía las delicias de Christopher. Pensó que nadie se imaginaba el esfuerzo que le costaba desenredarla: le llevaba una hora asegurarse de que cada uno de los mechones en espiral estuviera brillante y perfecto. Aquella sería la última oportunidad que tendría para dedicarles tan espléndidos cuidados, ya que el avión procedente de Londres aterrizaba esa misma noche.

Faltaban todavía cinco minutos para cumplirse una hora cuando pulsó el icono de «enviar» en el ordenador Vaio; se levantó del escritorio ultraordenado que estaba en una esquina de la sala y fue hacia la ventana que daba a la calle. Miró por si veía algún rastro del coche de su madre en la avenida arbolada. Se sentía un poco mareada por haberse saltado el desayuno y el almuerzo y estaba nerviosa porque aún no se había duchado. De todos modos, notaba aquel sereno placer que producía ver que todo estaba casi en orden, que las molestias que se había tomado para que otra persona disfrutase eran casi invisibles y que era posible dejar el trabajo a un lado para disfrutar de la emoción que producía el hecho de estar a punto de encontrarse con alguien a quien casi literalmente adoraba durante un número cuantificable de horas.

Aquel apartamento desproporcionadamente caro de Broadway, en la zona baja de Pacific Heights, era diminuto y, en teoría, estaba orientado casi en dirección contraria a la correcta, es decir, hacia el lado donde no estaba el agua. Aun así, le parecía que merecía la pena invertir en él tal cantidad del sueldo porque, gracias a un edificio más bajo que había enfrente, disfrutaba de una inesperada y maravillosa vista lateral de la bahía de San Francisco, que le ofrecía un balconcito. Desde allí había disfrutado hacía una o dos semanas, en una noche sin bruma, de la lluvia de estrellas que solo se divisaba sobre la oscura vastedad del océano hacia el noroeste, en el despejado cielo de California.

Se acababa de dar cuenta de que estaba inusualmente oscuro para ser las tres. En el horizonte se distinguían varios colores: los diferentes tonos de gris humo que salpicaban las nubes, el gris pizarra de las colinas de enfrente y el tenue amarillo limón de la luz que se filtraba entre ellas, y todos ellos se disolvían en la silenciosa extensión de acero que era en aquel momento el mar. La ciudad estaba atrapada entre dos frentes meteorológicos. La mañana había continuado en la línea de la semana anterior, con sol prácticamente ininterrumpido —el típico invierno californiano suave, fresco y luminoso—, pero Madeline era consciente de la inminencia de un cambio. Entraría la niebla y comenzaría otro ciclo. Qué pena, y Chris a punto de llegar en unas horas. Sonrió al pensar en lo irónico que sería que, al llegar a California, se encontrase con un clima inglés.

Llegaban tarde. Qué raro. Sería culpa de Barbara. Su hermana mayor era muy lista, habitualmente muy organizada y sagazmente intuitiva en relación con las personas. Maddie estaba deseando oírle contar las primeras impresiones sobre su futuro cuñado con aquel característico sentido del humor. Pero Barbara no dudaba en reclamar el derecho a tener una vida y unas necesidades propias cuando la ocasión así lo requería. No

sería raro que hubiera perdido la noción del tiempo disfrutando del sábado, que hubiera aprovechado para fumarse un cigarrillo a escondidas de su madre o que estuviera compartiendo algún cotilleo sobre los últimos escándalos en el Castro con Drew, su vecina lesbiana y su mejor amiga. La cena de la noche siguiente en casa de sus padres podía pasar, pero a Madeline le molestaba un poco que se dejaran caer por allí ese día y rompieran aquella atmósfera de santidad que quería crear durante la cuenta atrás de la llegada de Christopher. No le apetecía hablar con nadie, le habría gustado poder centrarse única y exclusivamente en él. Pero su lado más ecuánime sabía que era normal que su madre estuviera deseando conocer al inglés que había cambiado radicalmente la vida de su hija en un solo año de posgraduado en el extranjero.

«O más bien en una corta noche», pensó. Una noche le había bastado para darse cuenta de cuál era su forma de pensar y de que poseía un carácter sensible y alegre. El resto del tiempo se había limitado a corroborarlo.

Ingenua de ella, había ido a cenar al Oxford Union el pasado mes de enero (¿había transcurrido solo un año?) con un moderno vestido negro, cubierta con un simple chal y con sus mejores zapatos negros de tacón, a pesar del aire congelado y de que los adoquines estaban ligeramente helados. ¿A quién se le ocurriría ponerse unos Louboutin para caminar por los suelos medievales de Oxford? «El orgullo precede a la caída», le habría advertido su madre. Y, cómo no, cuando salió unas horas después, unos imprevistos y hermosos copos de nieve dibujaron un paisaje de cuento de hadas, dejando el suelo blanco y helado. Su educación de la costa este no le había permitido acostumbrarse ni de lejos al sorprendente placer de la nieve y la chica de California se había echado a reír a carcajadas, encantada con las formas y los remolinos. Lo malo era que ya no podía volver andando a casa. Era demasiado tarde para encon-

trar un taxi sin problemas y estaba demasiado lejos para ir a cogerlo a la parada de Gloucester Green en aquellas condiciones. Le había gritado a un amigo que iba en un grupo detrás de ella que llamara a uno y a punto había estado de perder el equilibrio. Justo entonces apareció a su lado un hombre con una corbata blanca y una bufanda de etiqueta. Sonreía, al parecer divertido por su reacción de asombro ante aquel clima. Con las palabras justas y necesarias para presentarse, el estudiante de último año de Medicina Christopher Taylor se echó elegantemente a la dama al hombro y la volvió a depositar sobre los adoquines después de dejar atrás a unos porteros perplejos, justo delante de las escaleras del New College.

Más tarde pensó que, aunque desde luego aquel no había sido su viaje más largo, sin duda se encontraba entre los más importantes de su vida.

Aún se estaba riendo y sacudiéndose la nieve de los zapatos mentalmente cuando una molesta vuelta al presente llevó hasta ella los gritos de las gaviotas, que revoloteaban y se refugiaban bajo los aleros de algunos edificios que se encontraban en los alrededores. El viento debía de estar arreciando poco a poco sobre la bahía. Miró hacia el reloj de la pared y, aunque las manecillas apenas se habían movido, se sintió molesta. Solía tener buen carácter, pero se le echaba el tiempo encima y aún no se había lavado el pelo. Todo quedaría en suspenso hasta que su madre y su hermana llegaran y aprobaran el orden decorativo del apartamento, tomaran un café con *cantuccini** y la dejaran de nuevo con sus silenciosos rituales de preparación.

El zumbido del telefonillo interrumpió sus pensamientos. No las había visto llegar ni aparcar. Pulsó un botón para que subieran, recorrió el cerrojo y fue hacia la cocina para encender la cafetera Gaggia. El saludo que gritó por encima del hombro a las invitadas de la puerta se fundió sin cortes con uno

* Dulces secos de almendra, típicos de la Toscana. [N. de la T.]

dirigido a la voz que estaba al otro lado del teléfono, que había sonado simultáneamente en la cocina. Empezó a hablar con naturalidad —la única media frase que había salido de sus labios aquel día, que ella recordara—, sin volverse siquiera para recibir el beso de su madre.

Entonces se cerró una puerta.

Un frío glacial procedente de la bahía acompañó a Madeline Moretti a la cama, que había cambiado aquel mismo día para poner las mejores sábanas. No cruzaron ni una palabra mientras Barbara le desabrochaba el botón del cuello a su hermana para liberarla del sencillo vestido de lana de color crema, que cayó a sus pies, y le soltaba el pelo. Madeline probablemente no se dio cuenta de que, misteriosa e irónicamente, estaba siendo la sombra de las circunstancias de numerosas jóvenes en aquella misma fecha, a lo largo de los siglos. Pero no podía volverse, no podía hablar ni mirar hacia ningún lado —mantenía la vista clavada al frente, sin ver nada— hasta que posó la cabeza sobre la almohada y cerró los párpados hinchados, un preludio de una siesta narcótica de sueños embrujados. Para todo lo demás del mundo que la rodeaba, estaba muerta.

La llamada telefónica de las tres de la tarde, las once de la noche en Inglaterra, había cerrado con llave la puerta de su futuro y la había convertido en prisionera del pasado. Le había cambiado la vida de forma indescriptible. No habría ningún vuelo al que esperar por la noche, ningún desayuno abundante del que disfrutar con la despreocupación del domingo, ninguna alacena llena de manjares deliciosos que abrir, ninguna velada en las bodegas, ninguna semana de vacaciones que empezar. Ningún Christopher al que recoger.

Su cama era una mortaja y su mente permanecía aletargada en un estado de duermevela. Todavía podía oír la suave voz con acento inglés de la madre de Chris, un sonido sordo y discor-

dante, una campana rota, palabras enlazadas sin sentido. Palabras sobre su último turno de noche como el más joven de los doctores del hospital John Radcliffe de Oxford, antes de iniciar el viaje que lo llevaría hasta ella y durante el que conocería a su familia; sobre un coche lleno de adolescentes que volvían de pasar toda la noche de fiesta en la ciudad, sobre un conductor borracho que había adelantado a otro coche en la carretera de circunvalación y, tras saltarse la mediana, había chocado de frente contra Chris, que regresaba a su casa del campus a primera hora de la mañana para dormir unas horitas antes de hacer la maleta y volar hasta Maddie. Aunque se trataba de una serie de oraciones, para ella no eran más que palabras sin sonido ni sentido en el mundo racional, palabras que nunca se habría imaginado que pudieran estar relacionadas con ella pero que, aun así, nunca podría borrar de su mente.

La luna de Santa Inés se había ocultado.